

Las estructuras en el análisis histórico

Oscar Zanetti Lecuona¹

El trabajo de Krzysztof Pomian que ofrece la base para nuestras reflexiones, encierra en su título una definición que pudiera resultar una propuesta equívoca. No conozco el título de la versión original, pero creo que el que ostenta difícilmente pueda achacarse a la “varia intención” del traductor. El problema reside, a nuestro juicio en que no es posible hablar de una “historia de las estructuras”, como lo haríamos de una historia de las religiones, de las finanzas o de las artes visuales. En estos casos nos referimos a sectores específicos de la realidad, pero está claro para todos que las estructuras no constituyen un segmento cualquiera de la realidad, sino un componente presente de un modo u otro en todos ellos.

1. Oscar Zanetti Lecuona, licenciado en Historia (1971) y doctor en Ciencias Históricas (1985) en la Universidad de La Habana, en la actualidad es Director de Investigaciones del Instituto de Historia de Cuba. Activo colaborador en publicaciones especializadas nacionales y extranjeras, ha venido desempeñado también su labor como historiador en encuentros de estudios históricos en Cuba y en el exterior: España, Brasil, Puerto Rico, Estados Unidos. Como coautor ha publicado *United Fruit Company: Un caso del dominio imperialista en Cuba*, *Metodología de la investigación histórica*, *Caminos para el azúcar*; así como *Los cautivos de la reciprocidad*.



Por ello, me parece preferible encuadrar el debate bajo la formulación de “las estructuras en historia”, entendiendo por tal el problema de cómo la historiografía enfrenta las estructuras como una cualidad o atributo esencial de sus objetos de estudio, en su misión de reconstruir y explicar el pasado.

Despejado el posible equívoco, debe reconocerse que el trabajo de Pomian cumple de manera muy apropiada la finalidad para la cual se seleccionó. No sólo ofrece una imagen batane amplia del problema, sino que desarrolla éste en una perspectiva histórica, lo cual contribuye a hacer aún más completo su planteamiento.

Precisamente en esa historia del asunto ubicaríamos la primera de nuestras observaciones. Paradójicamente, porque en este caso se trata de un historiador polaco, aunque radicado en Francia desde hace dos décadas, Pomian peca de la misma insuficiencia que ya se señalara en el trabajo de introductorio de Jacques Le Goff. En su artículo, la cuestión de las estructuras queda circunscrita al tratamiento que de ella ha hecho la historia francesa y, en particular, la escuela de *Annales*.

Sin pretender suscitar una polémica acerca del origen del concepto “estructura” en las ciencias sociales y en la historiografía, no me queda duda de que su empleo tiene una raíz algo más antigua –y también más explícita– que la tesis de Febvre sobre Felipe II y el Franco-Condado. Baste recordar aquel archiconocido –y lamentablemente vulgarizado– prólogo de Marx a su *Contribución a la crítica de la economía política*, publicada en 1859. Es cierto que –como aprecia Pierre Vilar– en la frase “*El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad (...)*”, así como en otras en que dicha idea aparece, ya sea utilizando el vocablo estructura o algún sinónimo, Marx la emplea en calidad de símil o imagen



sin detenerse en una formulación conceptual. No será sino años después, en *El capital*, que Marx demostrará, con toda una obra y no con una definición, lo que él entendía por “estructura económica” de la sociedad.² Valga, pues, esta precisión para subrayar un olvido que no deja de ser significativo.

Pero en el propio ámbito de la escuela de *Annales*, el rastreo de Pomian deja otro importante vacío. Se trata de la relación de Febvre y Bloch con Henri Berr y *la Revue de synthèse historique*, verdadero inicio del movimiento crítico a la vieja historiografía erudita y positivista. Esta ausencia es, a nuestro juicio, tanto o más importante porque precisamente en la operación de síntesis se puso de manifiesto una de las limitaciones esenciales de la “vieja historia” factográfica. La nueva imagen de la historia que aporta *Annales*, será resultado de ese movimiento hacia unas síntesis histórica, plena, abarcadora, que lleva al primer plano fenómenos y procesos —económicos, sociales, mentales— que apenas habían ocupado espacio en el quehacer del historiador. Tal replanteo de la realidad histórica, en su intención de trascender el mero acontecer, condujo a su “descubrimiento” de las estructuras.

La visión totalizadora de la historia que propugnaran los fundadores de *Annales*, sin embargo, no se agota necesariamente en un reconocimiento del lugar de las estructuras en el devenir de la sociedad. No sólo resultaba necesaria una imagen integral de la muy diversa y compleja composición del objeto de la historia, sino que dicho objeto debía concebirse como un sistema, en el sentido de que se asume la existencia de una interrelación entre sus diversos elementos constitutivos y que,

2. P. Vilar. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona, Grijalbo, 1981, pp. 53-55.



como asegura Pomian en su caracterización de la estructura, “*si un elemento de este conjunto cambia, los demás pierden su razón de ser*”.

Creo que esto nos conduce a un problema sustantivo que merece considerarse y debatirse con cierto detenimiento: el relativo al sentido, al alcance del análisis de las estructuras en historia. En las formulaciones de Pomian, nos parece advertir un distanciamiento de lo que en propiedad podría estimarse un enfoque estrictamente sistémico del asunto. Así, en un momento del desarrollo de su definición de “estructura” se considera obligado a aclarar: “*más bien, las estructuras, pues en el lenguaje de los historiadores esa palabra sólo existe en plural*” y continúa exponiendo que se trata de fenómenos geográficos, económicos, sociales, etcétera, que se mantienen constantes durante un largo período o que evolucionan de forma casi imperceptible. La aclaración resulta importante, pues ella indicaría que la visión totalizadora de la historia que *Annales* propone –según Pomian–, concibe al objeto de esta disciplina como una totalidad de estructuras –entre otros componentes, claro está–, pero no como una totalidad estructurada, cuestión ésta que creemos clave para entender los logros y limitaciones de esa escuela en la construcción de una síntesis histórica.

Los términos de la cuestión se precisan más adelante cuando Pomian advierte, ya en tono cuasi programático, que:

“la historia estructural rechaza de su práctica un determinismo unilateral y simplista que comienza por dividir la realidad estudiada en sectores, para situar a continuación en uno u otro, las causas que deben explicar ‘en última instancia’, las actividades de los individuos y la evolución de las sociedades”.



No se menciona al santo, pero se le conoce por los milagros. Hay aquí una evidente intención de marcar distancia respecto al análisis marxista de las estructuras.

Forzoso es reconocer que tal distanciamiento no carece de motivos fundamentados. Y es que en la práctica de los científicos sociales y los historiadores marxistas, el análisis estructural ha estado caracterizado, casi podría decirse obsesivo, por la determinación de esa “última instancia”, por el debate –a menudo escolástico– de las formas en que ésta opera, de la autonomía mayor o menor de los diversos sectores de la realidad social respecto al determinante, etc. El resultado obvio ha sido limitar el alcance del análisis de las estructuras y empobrecer, cuando no distorsionar, sus resultados.

Los historiadores de *Annales*, en cambio, han desplegado el estudio de las estructuras con una muy vasta perspectiva que les ha permitido determinar éstas, desde el campo de las relaciones del hombre con la naturaleza hasta el de las mentalidades colectivas. Su problema se presenta a la hora de integrar tan vasto cuadro estructural, en el momento de la síntesis. Así, en lo que a nuestro juicio ha sido el más ambicioso y logrado de los intentos de síntesis de los historiadores de *Annales*, el estudio de Braudel sobre el Mediterráneo en época de Felipe II, el análisis de las estructuras situado en dos planos, el geográfico y el propiamente social, y el de los acontecimientos que forman la tercera parte de la obra, consiguen cada uno de ellos aisladamente una apreciable coherencia, pero no alcanzan a relacionarse entre sí. Con ello la síntesis, lograda en alguna medida como operación de “reconstrucción”, no alcanza un verdadero sentido explicativo de la totalidad estudiada.

Tras esta experiencia y otras muy importantes en el terreno de la historia regional francesa, nos parece que la escuela de



Annales se bate en retirada. La aspiración totalizadora se relega o, en todo caso, queda reducida a un horizonte, mientras los estudios históricos tienden a atomizarse, algo que se hace muy evidente en la producción de la llamada “tercera generación de *Annales*”. Los intentos de estudios integrales son escasos y, por lo general, se reducen tanto en espacio como en tiempo. Y aún a esa escala no resultan muy convincentes. Valga como ejemplo el tan ponderado trabajo de E. Le Roy Ladurie, *Montaillou, aldea occitana*, en el cual se ofrece un fresco impresionante de la vida de una aldea en los estertores de la herejía cátara, con detalladas descripciones de las formas de sociabilidad, de las actividades económicas, de las creencias, hábitos sexuales, etc., pero sin lograr una explicación plausible de por qué la vida de esa aldea era precisamente así.

Otro aspecto del análisis histórico de las estructuras que requiere atención es el del tiempo. Salta a la vista que el tema que nos ocupa debiera haber sucedido –o antecedido– inmediatamente a la sesión dedicada a la “larga duración”. Problemas organizativos impidieron que fuese así y ello nos obliga en cierta medida a retrotraernos.

La importancia que se concede al tiempo en el concepto de “estructura” es tal, que prácticamente resulta un componente esencial para su definición. En la clásica formulación de Braudel, que Pomian cita al inicio de su trabajo, este autor advierte que más que “*una organización, una coherencia, unas relaciones bastante fijas entre realidades y masas sociales (...)*”, para los historiadores una estructura resulta, sobre todo, “*una realidad que el tiempo desgasta y arrastra durante un largo período*”. Todavía más allá, Pomian insiste:



“El tiempo de las estructuras es muy lento, casi inmóvil; al extremo, podría decirse, que en el interior de cada tipo de estructura es casi estacionario”.

Resulta clara la inclinación a acentuar una imagen estática de la estructura, que de algún modo se acerca a la “historia fría”, estacionaria, de Lévi-Strauss, quizá buscando con ello un asidero que permita a la historia rivalizar con las ciencias sociales formalizables, como la lingüística y la antropología.

Esta tendencia, como acertadamente apunta Pierra Vilar, encierra un peligro; llamar la atención sobre la resistencia de las supervivencias en detrimento de las fuerzas, materiales y espirituales, de la innovación.³ En verdad, esta apreciación del desarrollo histórico no se agota en la determinación de las estructuras y coloca a su lado “coyunturas” y “acontecimientos” para aprehender fluctuaciones y procesos que se desenvuelven con ritmos diversos, diferenciando –como apunta Pomian– *“los objetos que estudia en función de su modo de ser en el tiempo”*.

Valdría la pena cuestionarse hasta qué punto esta determinación de los fenómenos históricos según sus tiempos, conduce a una fragmentación de la realidad. Sin duda, procesos de naturaleza diversa transcurren con ritmos disímiles, del mismo modo que hay una apreciación diferenciada, un sentido distinto, del tiempo según las culturas. Pero... ¿Se trata de magnitudes irreductibles? ¿Es siempre lenta la evolución de las estructuras? ¿Cómo se articulan los procesos históricos en su diversidad temporal? Son todas estas las interrogantes que conviene dilucidar, si se pretende lograr una comprensión de las estructuras como ellas existen en la materia viva de la

3. P. Vilar. Ob. cit., p. 66.



historia; esto es, como estructuras en funcionamiento, sujetas a un cambio constante por más que éste pueda resultar apenas perceptible.

Insistimos en este punto porque nos parece indispensable para establecer el lugar y el papel de las estructuras en el análisis histórico. Braudel asevera que las estructuras son a la vez apoyos y obstáculos y que

“en tanto obstáculos, ellas aparecen como límites (‘envolturas’, en el sentido matemático), y llega a calificarlas de ‘prisiones de larga duración’.

Con ello, la cuestión de las estructuras se instala de lleno en la vieja problemática de los condicionamientos y el alcance de la actividad de los hombres, criaturas de un mundo social que compele a sus miembros, pero que resulta, al mismo tiempo, el producto de las acciones de éstos.

En este terreno queremos situar nuestra última propuesta para el debate, porque precisamente nos parece lo más actual. Contra la optimista apreciación final de Pomian acerca del porvenir de las estructuras y la “tripartición del tiempo” histórico como atractivo central del trabajo futuro de los historiadores, la evolución reciente de la historiografía se ha caracterizado por cierto alejamiento del enfoque estructural. No es que las estructuras, “pasadas de moda”, hayan perdido el interés de los historiadores, pero ciertamente en la última década el debate en torno a las estructuras se ha visto desplazado por lo que un historiador inglés caracterizara como “el retorno de la narrativa”, para subrayar la tendencia hacia una disolución de la historia de los “grandes temas” en una multiplicidad de historias, pequeñas o no, que, centradas en lo individual y cuasi incidental, en las aventuras y desventuras del hombre común,



reivindican una visión de la realidad histórica afinada en lo cotidiano.

Creo que esta reacción con toda su carga de subjetivismo, aunque vinculada al fenómeno del posmodernismo y la llamada “crisis de los paradigmas”, tiene un fundamento cierto en la notoria incapacidad de la práctica historiográfica precedente para correlacionar los factores estructurales con la actividad de los hombres, al materializar su empeño por reconstruir el pasado.

El estructuralismo, sea en la “última instancia” marxista, en las “prisiones de larga duración” braudelianas o en cualesquiera de sus variantes, ha tendido a explicar la conducta de los hombres por imposiciones estructurales en su actividad y no en términos de estados internos. Pero todos sabemos que individuos integrantes de una misma clase social y criaturas de una misma realidad estructural, enfrentarán idénticas circunstancias con decisiones probablemente distintas. Constatar esta evidencia no creo que tenga que conducir necesariamente al indeterminismo, pero reflexionar sobre ella nos ayudará a comprender mejor cuál es el papel y el alcance real de las estructuras en la construcción de las explicaciones históricas.





General Desiderio Arias Peña en su juventud.
Archivo de Emilio Cordero Michel.